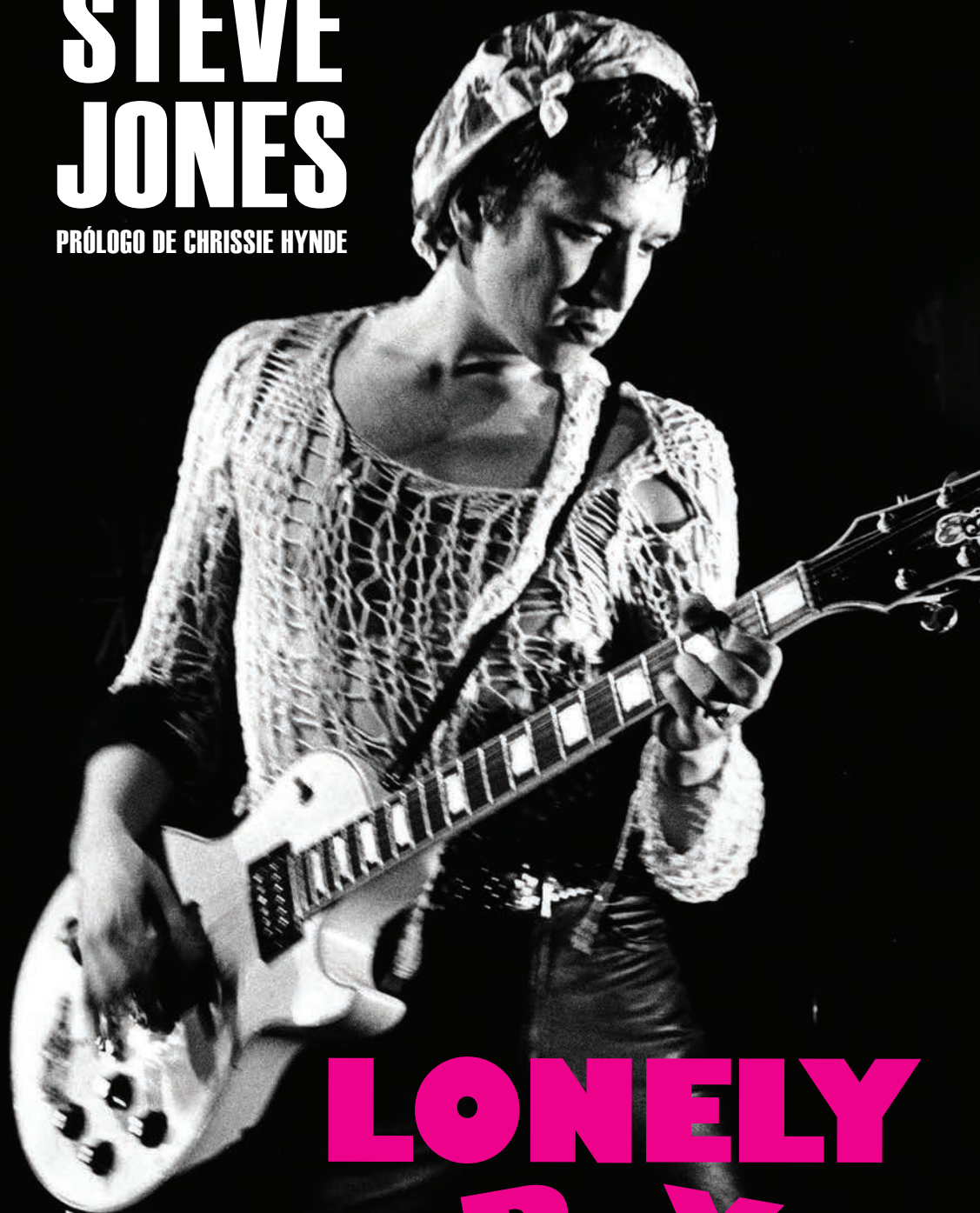


STEVE JONES

PRÓLOGO DE CHRISSIE HYNDE



LONELY BOY

LIBROS CÚPULA

HISTORIAS DE UN SEX PISTOL

LONELY BOY

HISTORIAS DE UN SEX PISTOL

STEVE JONES
CON BEN THOMPSON

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Publicado originalmente en 2016 por William Heinemann, un sello de Penguin Random House, con el título *Lonely Boy: Tales from a Sex Pistol*

© A Thousand Miles Long, Inc., 2016

© del prólogo: Chrissie Hyde, 2016

Steve Jones ha afirmado ser el autor de esta obra, de acuerdo con la Ley 1988 de Copyright, Diseños y Patentes.

© Editorial Planeta, S.A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S.A.

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2017

ISBN: 978-84-480-2333-1

Depósito legal: B. 11.290-2017

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Prólogo	9
Primera parte: Antes	11
1. El pillastre	13
2. Adicto a la nicotina	17
3. El sitio apestaba a caucho	21
4. El pederasta del túnel	29
5. El baile de los skinheads	37
6. Steve Jones y su Capa de invisibilidad	45
7. La máquina de plata	53
8. Confiamos en Rod	63
9. El tío del punzón	71
10. La cueva del mueble	79
Segunda parte: Durante	87
11. Hágase el rock	89
12. El fantasma del Odeon	97
13. «Scarface, Caracortada, cara cortada de oreja a oreja»	105
14. Kutie Jones y sus Sex Pistols	113
15. El chico miró a Johnny	119
16. El príncipe de Denmark Street	127
17. Las cintas de Spunk	135
18. ¿Qué fue de Bill Grundy?	145
19. Vicious / You hit me with a flower	155
20. Basta de gilipolleces...	163
Tercera parte: Después	175
21. Los niños del Brasil	177
22. Siouxsie, por cierto	185
23. «Yo me meé en la tumba de Elvis»	193

24. Tu hogar está donde están tus fotos de Heart	201
25. Desintoxicación en Tarzana	209
26. Iggy, Dylan y el gran O	217
27. El licántropo del Sunset	225
28. Terapia de grupo	231
29. Insomnes hasta Hammersmith	239
30. Los chicos siguen en la brecha	249
Apéndice: Cosas que no son rock and roll	261
Agradecimientos	263

EL PILLASTRE

Uno de los recuerdos más vívidos que tengo de crecer en el oeste de Londres en los años sesenta son las verjas de hierro corrugado; eso, y el paso de algún viejo Ford Anglia que otro. Había obras y cascotes por todas partes: era como si todo aquello se estuviera viniendo abajo. Y el hierro corrugado era un auténtico fastidio (una puta mierda, quiero decir) a la hora de encaramarse a él. Tenía una altura de dos metros y medio y estaba tan afilado que te cortabas las manos al auparte. Se diría que los constructores trataban de impedir que entrara a hacerles el puente a sus excavadoras para destrozarles las casetas mientras perfeccionaba mis habilidades como conductor... Cabrones desconsiderados.

En las malas calles de Shepherd's Bush no se veía a muchas estrellas del cine en aquellos días, aunque los estudios de televisión de la BBC estaban a la vuelta de la esquina. De modo que el día en que vi pasar a Jack Wild —el chico que interpretaba al Pillastre en *Oliver!*— al cabo de mi calle, un día de finales de los sesenta, me llamó la atención, desde luego. Por entonces yo mismo era ya un poco pillastre; todavía no me había animado a robar ninguna cartera, pero sí que encontraba un nuevo hogar para alguna bici robada que otra, o para algún tren eléctrico aún sin estrenar. Pero no me fijé en Jack como modelo criminal a seguir. Lo que me importaba es que era famoso. Me habría emocionado igual si se hubiera tratado de Elsie Tanner, de la serie «Coronation Street».

Algunos chavales y yo le reconocimos y empezamos a seguirle. Imagino que eso, en sí, no tiene nada de raro, es la reacción habitual de cualquier chico de trece años cuando reconoce a alguien de la tele o del cine y trata de acercársele lo más posible, con la esperanza de que se le pegue algo de la magia. Pero yo siempre tenía que ir un poco más lejos. Uno a uno todos mis compañeros se fueron quedando atrás, pero yo seguí tras él, como si fuera una especie de Peter Pan. Ahora mismo no sabría decir por qué. Su-

pongo que sentía una atracción más intensa que los demás hacia la calidad particular que le daba el estrellato.

Jack Wild era un par de años mayor que yo, pero no mucho más grande. Su aspecto no tenía nada de particular; no llevaba el sombrero de copa ni nada. Es solo que cuando eres uno de esos chavales que se siente atrapado, y quizá un poco solo, ves a alguien que tiene la vida resuelta y piensas que si puedes acercarte lo bastante a lo mejor todo va bien y el dolor desaparece.

No sé qué pensaría de mi persecución. Supongo que se asustaría un poco, sobre todo con todas aquellas verjas de hierro a lado y lado de la calle, por las que nunca podría haber escapado. Por aquel entonces mis colegas y yo formábamos parte de la primera oleada de skinheads; escuchábamos discos de la Motown, ska y bluebeat, y nos encantaba la música de gente como Prince Buster, a quien habíamos conocido a través de los caribeños que vivían entre nosotros. De modo que si Jack hubiera vuelto la cabeza —con aparente despreocupación— para tratar de echarme un vistazo, me habría visto ir tras él a toda prisa, con aquellas Dr. Martens granates de suela translúcida. Era mi primer par y les sacaba brillo sin parar. Es probable que llevara también unos bonitos pantalones Sta-Prest o de cuadros príncipe de Gales, y una de aquellas camisas Ben Sherman tan planchaditas que iba a afanar a una tienda de Richmond llamada Ivy League.

Supongo que se sentiría aliviado cuando al final me di por vencido, casi dos kilómetros después. En años posteriores crucé un montón de líneas rojas para acercarme a quienes creía que podían apañarme las cosas, pero por entonces aún no había empezado a beber y todavía me ponía algunos límites. Jack Wild se trasladó a Hollywood poco después, pero me parece que su historia no acabó demasiado bien. Parece que muchas de aquellas estrellas infantiles tuvieron vidas trágicas, ¿no es así? La fama los jode a una edad muy temprana, pero cuando uno está ocupado envidiando a los demás nunca piensa en que quizá tengan sus propios problemas.

De crío solía fantasear con tener otros padres. Veía a gente en el cine o en la tele y pensaba «¿por qué no estaré yo en esa familia?». Una de ellas era Diana Dors, una especie de versión inglesa de Marilyn Monroe. Me pasaba media vida pensando en lo bien que me iría todo si fuera su hijo: «Por favor, quiero estar con Diana y no con estos padres que tengo». Lo más gracioso es que por entonces ni siquiera se trataba de algo sexual, creo; era solo

que no me gustaba mi vida de mierda y me aferraba a cualquier cosa que pudiera sacarme de allí.

Tampoco es que mi infancia fuera la peor del mundo. Se cuentan historias terribles de las barbaridades que han sufrido algunos críos, y no quisiera dar la impresión de que me pongo a ese nivel. Lo que sí tengo claro es que muchas de las cosas que me pasaron de chaval me han dejado jodido hasta hoy. Por supuesto, cada cerebro tiene su propia química, y hay quien se enfrenta a situaciones mucho peores y sale adelante, mientras que otros, por más fácil que lo hayan tenido, se consideran terriblemente maltratados. Todo lo que puedo decir se limita a mi propia experiencia, y mi memoria es tan errática que ni siquiera estoy seguro de algunas cosas.

No tengo ni la más remota idea de lo que saldrá de mi historia una vez pasada al papel. No tengo ninguna idea preconcebida, más allá de un par de cosas que me gustaría dejar claras, y quizá la esperanza de encontrarle algo más de sentido al encaje de las distintas etapas de mi vida. Lo que sí tengo claro es que no voy a salir de esto oliendo a agua de rosas.

¿Recuerdas aquella escena de *La naranja mecánica* en que fuerzan al protagonista a mantener los ojos abiertos para hacerle sentir como una mierda cada vez que recuerde lo cabrón y asqueroso que ha sido? Más o menos así me voy a sentir yo escribiendo este libro. Es evidente que nadie me obliga a hacerlo, y también hubo momentos buenos, pero ahora que ya no puedo seguir con mis viejas animaladas, a veces me enferma pensar en las que llegué a hacer.

Aunque ya ha pasado más de media vida desde la primera vez que dejé el alcohol y las drogas, aún me despierto con sudores fríos pensando en cosas que he hecho y de las que no me siento orgulloso. Pero si empezara a fustigarme por cada crimen contra la humanidad que he cometido, este libro pronto sería muy aburrido. Así que debo pedirte que me creas si te digo de entrada que últimamente trato de ser algo menos despreciable, y si alguien quiere juzgarme, que lo haga cuando termine el partido.

Lo que sí puedo prometer es que no tengo intención de pontificar sobre las bondades de la sobriedad entre mis congéneres. Me importa un carajo si el resto de la gente quiere emborracharse. Yo lo hice en su día y ahora te toca a ti caer redondo, si eso es lo que te apetece. Por supuesto, si alguien se siente identificado con mis experiencias y, por algún milagro, eso le ayuda a ser menos gilipollas de lo que yo fui, estupendo. Pero no quiero

ser el típico pelmazo del que dicen «oh, era un rockero, pero ahora va diciéndole a todo el mundo cómo han de vivir». A la mierda los predicadores. Es lo último que quiero ser. Que acabara siguiendo los pasos de Jack Wild hasta Hollywood no significa que comprara un billete de ida al país de la piruleta.

Habrían de pasar unos pocos años desde que tropezara con el Pillastre hasta dar con mi propio Fagin, también conocido como Malcolm McLaren (quien, por cierto, adoraba todo aquel rollo dickensiano). Cuando sucedió, fue como si el bueno de Jack hubiera cedido el testigo, y no pasó mucho tiempo antes de que nuestra alegre banda de forajidos musicales empezara a robarles la cartera a las compañías discográficas como si nos fuera la vida en ello. Para cuando nos dimos cuenta de que nuestro particular gurú de ágiles dedos se lo había fundido todo en *The Great Rock 'n' Roll Swindle* —una película en la que contaba que todo aquello del punk había sido idea suya y que no éramos más que unos pringados que ni siquiera sabían tocar—, resultó que la broma se nos había vuelto en contra.

En cuanto a ese irritante mequetrefe huesudo que siempre está pidiendo más... bueno, será mejor que dejemos a Johnny Rotten al margen de esto por ahora. Él ya ha opinado unas cuantas veces. Suficientes, creo yo. Ahora me toca a mí. Porque por más cierto que sea que los Sex Pistols no hubieran existido sin John —ni sin Malcolm, ni Cookie, ni Glen, incluso sin Sid—, fue mi educación de mierda la que lo empezó todo. No estoy presumiendo. Es un hecho.

ADICTO A LA NICOTINA

Nací en 1955, más o menos al mismo tiempo que el rock and roll. El sentido del ritmo me vino de mi madre, Mary Jones, una teddy en cuyo útero me alojaba yo mientras ella bailaba el jive en el Hammersmith Palais.

Las teddies, y los teddies, que es lo que era mi padre, fueron los primeros de una larga lista de cultos juveniles británicos que iluminaron los años de posguerra. Su nombre era una abreviación de la moda eduardiana que tanto les gustaba (los pantalones pitillo ceñidos, las largas levitas de paño) y fueron los primeros que empezaron a desmelenarse con *Rock Around the Clock* cuando se estrenó la película *Semilla de maldad*. No es extraño que sienta un vínculo tan estrecho con aquellos viejos rockeros de los primeros días; Eddie Cochran entre ellos, desde luego, pero no el único.

Hasta los seis años, más o menos, mi infancia fue bastante bien. Sí, mi padre se había pirado sin quedarse siquiera el tiempo suficiente para saludarme, y por aquel entonces todavía no estaba bien visto ser lo que técnicamente se conoce como «un bastardo». Pero tampoco se le podía culpar, porque no creo que mi madre y él llevaran tanto tiempo juntos cuando ella se quedó embarazada. En cuanto al hogar donde vivía, parecía bastante normal, incluso cariñoso. Alguien podría decir «¿y cómo sabe un crío lo que es normal, si no tiene con qué compararlo?». Pero creo que los críos lo saben, sin más. Yo lo sabía, desde luego.

Mi madre y yo vivíamos con la abuela Edith y el abuelo Fred en un tercer piso de Riverside Gardens, en Hammersmith, en un gran edificio Peabody de ladrillo que hay cerca del puente. Si salías de Londres hacia el aeropuerto de Heathrow, veías el Hammersmith Odeon —o el Apollo, como se llama ahora— a la izquierda, tal como se cruzaba el paso elevado; y a la derecha, según la carretera descendía de vuelta a terreno llano, quedaban nuestros apartamentos. Lo digo como si las cosas hubieran cambiado, pero

estaba igual la última vez que lo vi (aunque debo admitir que eso fue en 2008).

No éramos solo nosotros cuatro. Los otros tres hijos de mis abuelos también vivían allí. Yo dormía en un catre al pie de la cama que mi madre compartía con su hermana Frances. Mis abuelos tenían su propia habitación, y mis tíos Barry y Martin dormían en la que quedaba. El piso iba de esquina a esquina del edificio, por lo que una ventana daba al paso elevado en dirección al Odeon (escenario de unas cuantas aventuras memorables en mi vida futura) y la otra al lado contrario. No había ascensores y se llegaba a casa por escaleras, pero no era ninguna chabola. Era una estupenda finca victoriana, una residencia decente para trabajadores decentes que salían adelante.

Aunque no estoy seguro de cómo los Jones seguían el ritmo de los demás, porque mi abuelo era un cabrón bastante vago. Decían que se había machacado la pierna al paso de un tranvía para escaquearse de combatir en la segunda guerra mundial. No sé si era cierto, pero desde luego mientras yo viví allí nunca le vi trabajar, quizá a causa de la misma lesión que le mantuvo apartado del ejército.

Acostumbraba a quedarse sentado en su silla todo el día, fumando tabaco de liar, mientras mi abuela iba a limpiar casas. Aun así, consiguió comprarse un coche: un Austin A40 de arranque con manivela. En aquellos tiempos tener un coche aparcado a la puerta de casa era todo un símbolo de estatus, aunque siempre se averiase cuando trataba de llevarnos a Brighton con él. Ahora que lo pienso, no debía tener la pierna tan mal si era capaz de conducir. Recuerdo que en ocasiones me sentaba en su regazo y me dejaba el volante cuando cogía el coche para dar una vuelta a la manzana (mi primera experiencia como conductor menor de edad; a lo mejor la afición me vino de ahí).

La mayor parte de mis recuerdos de entonces son buenos. Como cuando mi abuela me bañaba en el fregadero, o cuando hacía aquellos deliciosos púdines al vapor, a la vieja usanza, con un paño extendido sobre el bol y sujeto con un cordel. Llenaba el bol con pasas y lo cubría todo con melaza de una vieja lata verde y dorada. Me cuesta recordar algunas cosas que sucedieron la semana pasada, pero después de cincuenta y cinco años aún recuerdo lo rico que estaba aquel pudin, como si lo estuviera comiendo ahora.

Mi abuela no me estaba malcriando, solo hacía lo que cualquier abuelo (o padre, para el caso) normal habría hecho: criarme, supongo que lo llaman así. No tengo mucho recuerdo de mi madre por entonces, aunque andaba por allí. El piso estaba bastante concurrido y era fácil perderle la pista a la gente, pero a quien sí recuerdo es a mi abuela limpiando la casa y cocinando y cuidando de que todo el mundo estuviera bien. Era estupenda.

Tenía la impresión de que mi abuela siempre había preferido los chicos a las chicas, y es probable que por eso sus hijos se llevaran la mayor parte de su atención. A lo mejor eso tenía que ver con el disgusto de mi madre ante el cuidado y el cariño que me profesaba mi abuela de pequeño. A causa de ello me trató con bastante frialdad en cuanto empecé a crecer.

Todo cuanto sabía de mi padre (aparte de que fuera un teddy; así conoció a mi madre) es que su nombre era Don Jarvis y que era un boxeador amateur de Fulham. Fue toda la información que mi madre me dio en aquel momento. Creo que enseguida me di cuenta de que no le gustaba hablar del tema, aunque recuerdo haberla acompañado a un juzgado a muy temprana edad, donde esperaba sacarle dinero. Dudo que tuviera suerte, porque no habían llegado a casarse y se agarró un buen berrinche a la salida.

Mi familia era propensa a quejarse, pero también sabían reírse. Mi abuelo era un cabrón cascarrabias, pero tenía su gracia. Me sentaba en su regazo –sin movidas raras, nada de toqueteos–, soplabla el humo de su cigarro en un trapo que tenía y lo sostenía ante mi cara. Joder, cómo me gustaba el olor de aquellos cigarrillos. Aspirar el humo de aquel trapo es una de las sensaciones mejores y más placenteras que recuerdo. Cuando lo devolvía al cajón yo chillaba: «¿Y mi trapo, y mi trapo?». Lo quería a todas horas.

Ahora me doy cuenta de que aquel debió ser el comienzo de mi primera adicción. No creo que fuera solo la nicotina, sino el hecho de que mi abuelo se molestara en echar humo sobre un trapo solo porque yo quería que lo hiciera. De cualquier modo, ansiaba aquel trapo cuando no lo tenía, y desde luego no tardé mucho en pasar a un paquete de Player's n.º 6 tan pronto como tuve edad para comprar mis propios cigarrillos (aunque en cierta ocasión me aficioné brevemente a los Gauloises, porque me enteré de que era lo que fumaba Ronnie Wood; un tabaco fuerte y bueno). Años más tarde, cuando ya tomaba heroína, fumaba cinco paquetes al día. Cuando vas colocado fumas mucho más. Como si no fuera bastante malo.

Por motivos evidentes los manuales de paternidad no suelen recomendar chupetes de nicotina, pero en mi caso es parte inseparable de lo que, en el recuerdo, fueron tiempos muy felices. Aunque no era exactamente una mujer maternal, creo que mi madre y yo nos llevábamos bien en aquella época. En una ocasión me compró un par de tejanos Tesco —una mierda de tejanos— y una especie de zapatillas Converse pero que no eran Converse. Me encantaba recibir algo de ropa nueva: era el rey del mundo en el momento en que tenía algo nuevo que ponerme, y sentía que podía caminar con la cabeza bien alta por las plazas que enlazaban los distintos edificios Peabody.

En aquella finca había un gran sentido de la comunidad. Había un bar en la esquina, al lado de una bodega, y cuando llevábamos las botellas de limonada para que nos devolvieran el precio de los cascos, me sentaba a la puerta del pub a escuchar al tipo que tocaba el piano. Es uno de mis primeros recuerdos musicales conscientes, aunque luego vinieron muchos más (y también algunos inconscientes).

También me gustaba ir a las sesiones matinales del cine ABC, a la vuelta de la esquina con King Street, a ver *Commando Cody* y todas aquellas series malísimas de los sábados. Prefería sentarme en la última fila para no estar junto al resto de los chicos, y por algún motivo me encantaba cuando salía el viejo, entre pase y pase, y soltaba: «Bueno, ¿qué os parece, chavales?». Después todo el mundo volvía a casa y había que regresar a la semana siguiente para ver aquella nave con un cordel que la sostenía.

Mirando atrás, fueron de los días más felices de mi vida. Hice algunos amigos en el bloque y empecé la primaria en la escuela Flora Gardens de Ravenscourt Park, calle abajo. Mis abuelos me adoraban. Todo iba bien.

Creo que hubiera terminado siendo alcohólico aun cuando hubiera tenido una educación más agradable y me hubiera quedado con mi abuela y sus pasteles de carne y riñones hasta tener edad para irme de casa. Había unos cuantos bebedores de cuidado entre los hombres de mi familia, y el gen del alcohólico obsesivo-compulsivo ha estado conmigo desde el primer día. No tiene nada que ver con los ambientes que he frecuentado en mi vida; es que soy así, o eso creo. Pero dudo que los Sex Pistols hubieran llegado a existir —conmigo en la formación, al menos— si no fuera por lo que me sucedió después. Aparte de otros temas, no hubiera sentido la necesidad de buscar una vida mejor, porque ya habría tenido una.